

El sabor de ella depende, como el de la liebre, de los pastos que hay en el país donde habita.

No tiene el corzo, á semejanza del cerdo doméstico, ninguna parte de su cuerpo que sea desperdicio; y son infinitos y á cual más escogidos los modos que tiene de aderezarlo el arte culinario, constituyendo siempre un

plato escogido, que hace honor á las mesas de mayor lujo.

La carne de corzo, diremos para concluir, y de la que no debe abusarse porque tiene cualidades irritantes, es un alimento nutritivo, cuya digestión se hace con facilidad suma, conviniendo su uso á todas las edades y temperamentos de las personas.



CAPITULO XI

LA CORZA BLANCA

1



En un pequeño lugar de Aragón, y allá por los años de mil trescientos y pico, vivía retirado en su torre señorial un famoso caballero llamado D. Dionís; el cual, después de haber servido á su rey en la guerra contra infieles, descansaba á la sazón, entregado al alegre ejercicio de la caza, de las rudas fatigas de los combates. ⁽¹⁾

Aconteció una vez á este caballero, hallándose en su favorita diversión acompañado de su hija, cuya belleza singular y extraordinaria blancura le habían granjeado el sobrenombre de *la Azucena*, que, como se les entrase á más andar el día engolfados en perseguir á una res en el monte de su feudo, tuvo que acogerse, durante las horas de la siesta, á una cañada por donde corría un riachuelo,

saltando de roca en roca, con un ruido manso y agradable.

Haría cosa de unas dos horas que D. Dionís se encontraba en aquel delicioso lugar, recostado sobre la menuda grama á la sombra de una chopera, departiendo amigablemente con sus monteros sobre las peripecias del día, y refiriéndose unos á otros las aventuras más ó menos curiosas que en su vida de cazador les habían acontecido, cuando por lo alto de la más empinada ladera, y á través de los alternados murmullos del viento que agitaba las hojas de los árboles, comenzó á percibirse, cada vez más cerca, el sonido de una esquililla semejante á la del guión de un rebaño.

En efecto: era así; pues, á poco de haberse oído la esquililla, empezaron á saltar por entre las apiñadas matas de cantueso y tomillo, y á descender á la orilla opuesta del riachuelo, hasta unos cien corderos, blancos como la nieve; detrás de los cuales, con su caperuza calada para libertarse la cabeza de los perpendiculares rayos del Sol, y su hatillo al hombro en la punta de un palo, apareció el zagal que los conducía.

—Á propósito de aventuras extraordinarias,—exclamó al verle uno de los monteros de D. Dionís, dirigiéndose á su señor;— ahí tenéis á Esteban el zagal,

(1) Leyenda de Gustavo A. Becquer.

que de algún tiempo á esta parte anda más tonto que lo que naturalmente lo hizo Dios, que no es poco, y el cual puede haceros pasar un rato divertido refiriendo la causa de sus continuos sustos.

—Pues ¿qué le acontece á ese pobre diablo?—exclamó D. Dionís con aire de curiosidad picada.

—¡Friolera!—añadió el montero en tono de zumba.—Es el caso que, sin haber nacido en Viernes Santo ni estar señalado con la cruz, ni hallarse en relaciones con el demonio, á lo que se puede colegir de sus hábitos de cristiano viejo, se encuentra, sin saber cómo ni por dónde, dotado de la facultad más maravillosa que ha poseído hombre alguno, á no ser Salomón, de quien se dice que sabía hasta el lenguaje de los pájaros.

—Y ¿á qué se refiere esa facultad maravillosa?

—Se refiere,—prosiguió el montero,— á que, según él afirma, y lo jura y perjura por todo lo más sagrado del mundo, los ciervos que discurren por estos montes se han dado de ojo para no dejarle en paz; siendo lo más gracioso del caso que en más de una ocasión les ha sorprendido concertando entre sí las burlas que han de hacerle, y, después que estas burlas se han llevado á término, ha oído las ruidosas carcajadas con que las celebran.

Mientras esto decía el montero, Constanza, que así se llamaba la hermosa hija de D. Dionís, se había aproximado al grupo de los cazadores; y, como demostrase su curiosidad por conocer la extraordinaria historia de Esteban, uno de éstos se adelantó hasta el sitio en donde el zagal daba de beber á su ganado, y le condujo á presencia de su señor, que, para disipar la turbación y el visible encogimiento del pobre mozo, se apresuró á saludarle por su nombre, acompañando el saludo con una bondadosa sonrisa.

Era Esteban un muchacho de diez y nueve á veinte años, fornido, con la cabeza pequeña y hundida entre los hombros, los ojos pequeños y azules, la mirada incierta y torpe como la de los albinos, la nariz roma, los labios gruesos y entreabiertos, la frente calzada, la tez blanca pero ennegrecida por el sol, y el cabello que le caía en parte sobre los ojos y parte alrededor de la cara en guedejas ásperas y rojas, semejantes á las crines de un rocín colorado.

Esto, sobre poco más ó menos, era Esteban en cuanto al físico. Respecto á su moral, podía asegurarse, sin temor de ser desmentido ni por él ni por ninguna de las personas que le conocían, que era perfectamente simple, aunque un tanto suspicaz y malicioso como buen ústico.

Una vez el zagal repuesto de su turbación, le dirigió

de nuevo la palabra D. Dionís; y con el tono más serio del mundo, y fingiendo un extraordinario interés por conocer los detalles del suceso á que su montero se había referido, le hizo una multitud de preguntas, á las que Esteban comenzó á contestar de una manera evasiva, como deseando evitar explicaciones sobre el asunto.

Estrechado, sin embargo, por las interrogaciones de su señor y por los ruegos de Constanza, que parecía la más curiosa é interesada en que el pastor refiriese sus estupendas aventuras, decidióse éste á hablar, mas no sin que antes dirigiese á su alrededor una mirada de desconfianza, como temiendo ser oído por otras personas que las que allí estaban presentes, y de rascarse tres ó cuatro veces la cabeza tratando de reunir sus recuerdos ó hilvanar su discurso, que al fin comenzó de esta manera:

—Es el caso, señor, que según me dijo un preste de Tarazona, al que acudí no ha mucho para consultar mis dudas, con el diablo no sirven juegos, sino punto en boca, buenas y muchas oraciones á San Bartolomé, que es quien le conoce las cosquillas, y dejarle andar; que Dios, que es justo y está allá arriba, proveerá á todo.

Firme en esta idea, había decidido no volver á decir palabra sobre el asunto á nadie, ni por nada; pero lo haré hoy por satisfacer vuestra curiosidad, y á fe á fe que, después de todo, si el diablo me lo toma en cuenta y torna á molestarme en castigo de mi indiscreción, buenos Evangelios llevo cosidos á la pellica, y con su ayuda creo que, como otras veces, no me será inútil el garrote.

—Pero, vamos,—exclamó D. Dionís, impaciente al escuchar las digresiones del zagal, que amenazaban no concluir nunca;—déjate de rodeos y ve derecho al asunto.

—Á él voy,—contestó con calma Esteban, que, después de dar una gran voz acompañada de un silbido para que se agruparan los corderos, que no perdía de vista y comenzaban á desparramarse por el monte, tornó á rascarse la cabeza y prosiguió así:

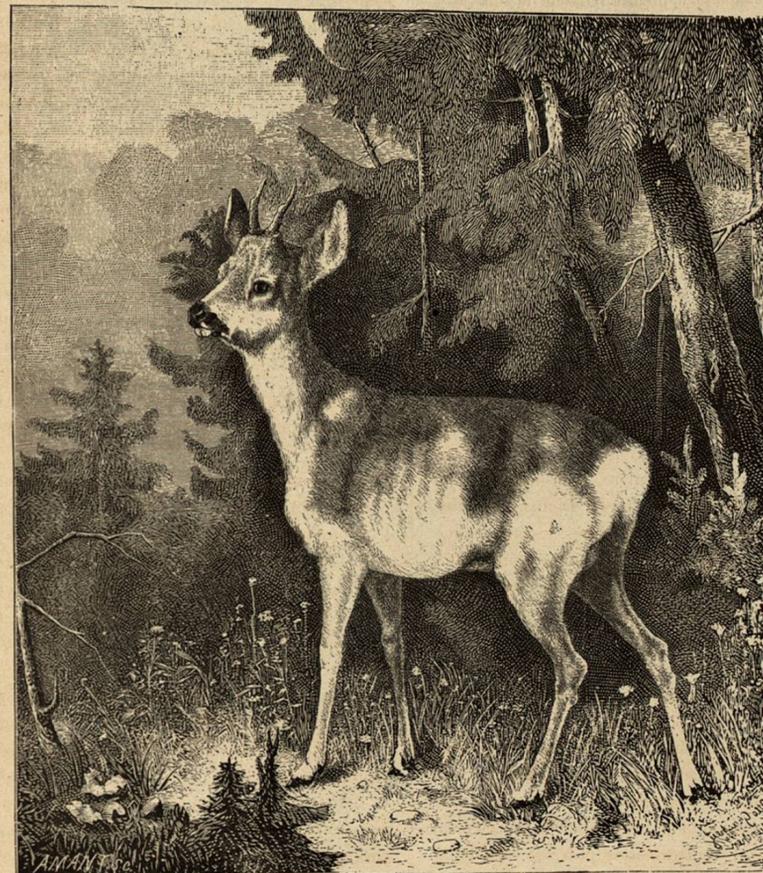
—Por una parte vuestras continuas excursiones, y por otra el dale que le das de los cazadores furtivos, que ya con trampa ó con ballesta no dejan res á vida en veinte jornadas al contorno, habían no hace mucho agotado la caza en estos montes, hasta el extremo de no encontrarse un venado en ellos ni por un ojo de la cara.

Hablaba yo de esto mismo en el lugar, sentado en el porche de la iglesia, donde después de acabada la

misa del domingo solía reunirme con algunos peones de los que labran la tierra de Veratón, cuando algunos de ellos me dijeron:

—Pues, hombre, no sé en qué consista el que tú no los topes, pues de nosotros podemos asegurarte que no

bajamos una vez á las hazas que no nos encontremos rastro; y hace tres ó cuatro días, sin ir más lejos, una manada, que á juzgar por las huellas debía componerse de más de veinte, le segaron antes de tiempo una pieza de trigo al santeró de la Virgen del Romeral.



Cervato

—¿Y hacia qué sitio seguía el rastro?—pregunté á los peones, con ánimo de ver si topaba con la tropa.

—Hacia la cañada de los cantuesos, me contestaron.

No eché en saco roto la advertencia, y aquella noche misma fui á apostarme entre los chopos. Durante toda ella estuve oyendo por acá y por allá, tan pronto lejos como cerca, el bramido de los ciervos, que se llamaban

unos á otros, y de vez en cuando sentía moverse el ramaje á mis espaldas; pero, por más que me hice todo ojos, la verdad es que no pude distinguir á ninguno.

No obstante, al romper el día, cuando llevé los corderos al agua, á la orilla de este río, como obra de dos tiros de honda del sitio en que nos hallamos, y en una umbría de chopos, donde ni á la hora de siesta

se desliza un rayo de sol, encontré huellas recientes de los ciervos, algunas ramas desgajadas, la corriente un poco turbia, y, lo que es más particular, entre el rastro de las reses las breves huellas de unos pies pequeños como la mitad de la palma de mi mano, sin ponderación alguna.—

Al decir esto, el mozo, instintivamente y al parecer buscando un punto de comparación, dirigió la vista hacia el pie de Constanza, que asomaba por debajo del brial calzado de un precioso chapín de taflete amarillo; pero, como al par de Esteban bajasen también los ojos D. Dionís y algunos de los monteros que le rodeaban, la hermosa niña se apresuró á estenderlo, exclamando con el tono más natural del mundo:

—¡Oh, no! Por desgracia no los tengo yo tan pequeños, pues de ese tamaño sólo se encuentran en las hadas, cuya historia nos refieren los trovadores.

—Pues no paró aquí la cosa,—continuó el zagal cuando Constanza hubo concluido;—sino que otra vez, habiéndome colocado en otro escondite por donde indudablemente habían de pasar los ciervos para dirigirse á la cañada, allá al filo de la media noche me rindió un poco el sueño, aunque no tanto que no abriese los ojos en el mismo punto en que creí percibir que las ramas se movían á mi alrededor. Abrí los ojos, según dejo dicho; me incorporé con sumo cuidado, y, poniendo atención á aquel confuso murmullo que cada vez sonaba más próximo, oí en las ráfagas del aire como gritos y cantares extraños, carcajadas y tres ó cuatro voces distintas que hablaban entre sí, con un ruido y una algarabía semejante al de las muchachas del lugar cuando, riendo y bromeando por el camino, vuelven en bandadas de la fuente con sus cántaros en la cabeza.

Según colegía de la proximidad de las voces y del cercano chasquido de las ramas, que crujían al romperse para dar paso á aquella turba de locuelas, iban á salir de la espesura á un pequeño rellano que formaba el monte en el sitio donde yo estaba oculto, cuando enteramente á mis espaldas, tan cerca ó más que me encuentro de vosotros, oí una nueva voz fresca, delgada y vibrante, que dijo... creedlo, señores: esto es tan seguro como que me he de morir... dijo... claro y distintamente estas propias palabras:

*¡Por aquí, por aquí, compañeras,
que está ahí el bruto de Esteban!*

Al llegar á este punto de la relación del zagal, los circunstantes no pudieron ya contener por más tiempo la risa, que hacía largo rato les retozaba en los ojos, y

dando rienda á su humor prorrumpieron en una carcajada estrepitosa. De los primeros en comenzar á reír, y de los últimos en dejarlo, fueron D. Dionís, que á pesar de su fingida circunspección no pudo por menos de tomar parte en el general regocijo, y su hija Constanza, la cual, cada vez que miraba á Esteban todo suspenso y confuso, tornaba á reirse como una loca, hasta el punto de saltarle las lágrimas á los ojos.

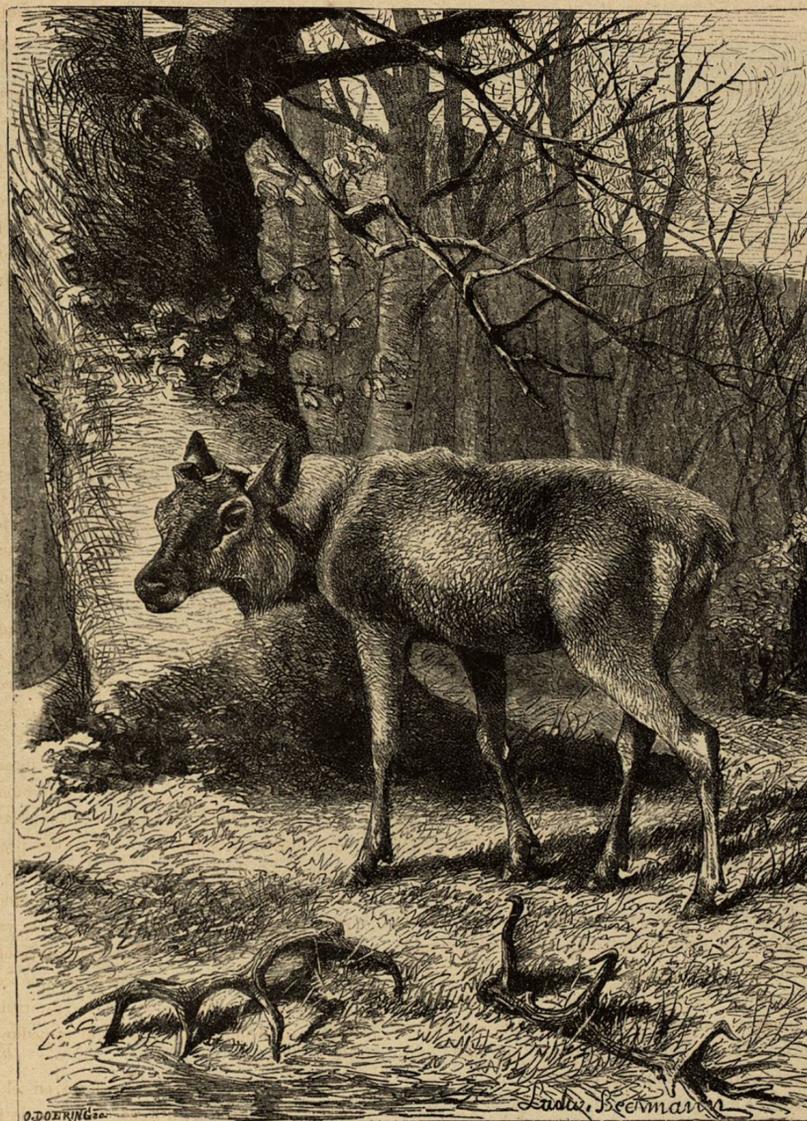
El zagal, por su parte, aunque sin atender al efecto que su narración había producido, parecía todo turbado é inquieto; y, mientras los señores reían á sabor de sus inocentadas, él tornaba la vista á un lado y á otro con visibles muestras de temor y como queriendo descubrir algo á través de los cruzados troncos de los árboles.

—¿Qué es eso, Esteban? ¿Qué te sucede?—le preguntó uno de los monteros notando la creciente inquietud del pobre mozo, que ya fijaba sus espantadas pupilas en la hija risueña de D. Dionís, ya las volvía á su alrededor con una expresión asombrada y estúpida.

—Me sucede una cosa muy extraña,—exclamó Esteban.—Cuando, después de escuchar las palabras que dejo referidas, me incorporé con prontitud para sorprender á la persona que las había pronunciado, una corza blanca como la nieve salió de entre las mismas matas en donde yo estaba oculto, y, dando unos saltos enormes por cima de los carrascales y los lentiscos, se alejó seguida de una tropa de corzas de su color natural, y, así éstas como la blanca que las iba guiando, no arrojaban bramidos al huir, sino que se reían con unas carcajadas cuyo eco juraría que aun me está sonando en los oídos en este momento.

—¡Bah!... ¡bah!... Esteban,—exclamó D. Dionís con aire burlón;—sigue los consejos del preste de Tarazona: no hables de tus encuentros con los corzos amigos de burlas: no sea que haga el diablo que al fin pierdas el poco juicio que tienes; y, pues ya estás provisto de los Evangelios y sabes las oraciones de San Bartolomé, vuélvete á tus corderos, que comienzan á desbandarse por la cañada. Si los espíritus malignos tornan á incomodarte, ya sabes el remedio: *Páter Noster* y garrotazo.

El zagal, después, de guardarse en el zurrón un medio pan blanco y un trozo de carne de jabalí, y en el estómago un valiente trago de vino, que le dió por orden de su señor uno de los palafreneros, despidióse de D. Dionís y su hija, y, apenas anduvo cuatro pasos, comenzó á voltear la honda para reunir á pedradas los corderos.



Caída de la cornamenta